



Luis Lacasa Ribadesella 1899, Moscú 1966

Se tituló como arquitecto en 1921 en la Escuela de Arquitectura de Madrid. Amplió su formación en la oficina de urbanización de Dresde, donde entró en contacto con las vanguardias del urbanismo europeo. Trabajó con López Otero en la Oficina Técnica de la Ciudad Universitaria. En 1924 inició una extensa labor crítica, como miembro del comité de redacción de la revista *Arquitectura* y como colaborador del diario *El Sol*. Participó en la creación del Colegio de Arquitectos, de cuya Junta Directiva fue vocal. En 1939 se trasladó a la URSS, donde trabajó como arquitecto de la Academia de Arquitectura y en 1954 se hace cargo de la sección española de la Editorial en Lenguas Extranjeras de la República Popular China. Tras unos meses de estancia en España, es obligado a abandonar el país por motivos políticos. En Moscú trabajó en el Instituto de Historia del Arte de la Academia de las Ciencias hasta su muerte.

Carlos Sambricio

Luis Lacasa: Le Corbusier o Américo Vespucio

En 1921 Luis Lacasa Lardiez, recién titulado en la Escuela de Arquitectura de Madrid, viajaba a Alemania, permaneciendo en Dresde hasta 1923. Marchaba en los mismos años en que tantos otros jóvenes arquitectos (García-Mercadal, Blanco Soler, Sánchez Arcas o Colás, por ejemplo) lo hacían a Holanda, Italia o Inglaterra y su intención no era tanto complementar la formación recibida en Madrid como dar un sesgo a la misma. Porque ajenos a las polémicas entre quienes se reclamaban partidarios de la llamada "arquitectura montañosa" y quienes defendían, por el contrario, mantener un impreciso "estilo español", la reconstrucción de la Europa destruida tras la Gran Guerra se presentaba ante ellos como excepcional laboratorio de reflexión.

Conocemos cual era la formación académica de aquellos jóvenes arquitectos y sabemos cuanto los temas impartidos y las cuestiones suscitadas en la Escuela eran extrañas a los debates esbozados en Alemania, Inglaterra, Holanda o Italia. Marcharon a Europa en un momento mas que singular, porque paralelamente al debate sobre como reconstruir se planteó otro que cuestionaba el papel social que el arquitecto debía desempeñar en lo que se quería fuera la nueva sociedad. Y lo que aquellos jóvenes vieron y aprendieron en la nueva Europa nada tenía ya en común con lo que, por ejemplo, Anasagasti o Flórez pudieron estudiar, apenas diez años antes, durante los años de su Pensión en la Academia Española de Roma.

Lacasa marchó a Dresde y allí colaboró con el urbanista Paul Wolf, nombrado en 1922 *Stadtbaurat* (Gerente Municipal de Urbanismo). A través de este (autor, no olvidemos, de importantes estudios urbanísticos) se familiariza con una desconocida bibliografía sobre temas urbanos al tiempo que conoce la de Poelzig y Tessenow, docentes en aquel momento en la *Dresdener Kunstakademie*. Los casi tres años pasados en Dresde fueron determinantes en la formación arquitectónica de Lacasa:

porque no solo colaboró, como he señalado, con el responsable municipal de urbanismo de Dresde sino que vivió *in situ* las tensiones e intentos de una joven generación de arquitectos por dar al traste con los viejos valores (tanto en arquitectura como en la forma de concebir y gestionar la ciudad) y proponer, en su lugar, un “nuevo orden”.

Asesorado por Wolf estudia tanto la experiencia alemana anterior a la Guerra (la obra de los maestros de la Escuela de Charlottenburgo) como las políticas esbozadas tras la misma, familiarizándose con unos conocimientos que muy pocos (quizá Montoliú o Giralt Casadesús en Barcelona; López Valencia o Amos Salvador en Madrid) tenían en España. Pero lo más notable –en mi opinión– de aquella estancia es que fue allí donde entendió que arquitectura y urbanismo eran dos caras de un mismo problema, siendo equivocado afrontar el uno ignorando el otro. Crítico tanto con quienes disociaban el diseño urbano de las propuestas de vivienda como enfrentado a quienes centraban sus esfuerzos en definir el nuevo lenguaje de la modernidad, los años pasados en Dresde determinaron que, como en esos momentos apuntara Adolf Behne, arquitectura fuera para él objetividad y esta, a su vez, ...*fantasía que trabaja con exactitud*.

Desde Dresde, Lacasa remite a la madrileña revista *Arquitectura* varios trabajos sobre la experiencia alemana en temas de vivienda económica: publica un breve comentario al texto de Muthesius *Keinhaus und Kleinsiedlung*, oportuno en el tiempo por cuanto coincide con los intereses de quienes (como Zuazo, Amos Salvador, Bastida, López Salaberry, Casuso; los catalanes Giralt Casadesús y Nicolás Rabió i Tuduri o los bilbaínos Ramón Belausteguigotilla y Ricardo Bastida, además de López Valencia, técnico cualificado del IRS) asisten al Congreso de la Habitación celebrado en Londres, en 1920, buscando resolver el problema de la vivienda económica en España. Pero, un paso más allá de quienes limitan su atención a las soluciones formales, Lacasa destaca la importancia de la gestión municipal, de la labor desarrollada por el técnico municipal, comentando en consecuencia el alcance de la experiencia llevada a término por Bruno Taut en Magdeburgo.

El Consejo municipal de la pequeña ciudad sobre el Elba había nombrado a Taut, en 1921, arquitecto municipal encargándole continuar la actividad iniciada poco antes con la construcción de la *Siedlung Reform* y en la que los obreros de la Krupp-Gruson, reunidos en cooperativa, decidieron en asamblea como querían sus viviendas. Desarrollado el proyecto por Taut, aquella experiencia fue ampliamente difundida tanto por el arquitecto (por lo menos en tres ocasiones publicaría en su revista *Frühlicht* su manifiesto *Auftrag zum forbigen Bauen* sobre el color en la

arquitectura) como por quienes, escandalizados, censuraron lo que denominaron “arquitectura cubista”. Defendida aquella postura por Behne, Lacasa retornó sus argumentos en el trabajo publicado en *Arquitectura* al señalar como al pintar de distintos colores las edificaciones existentes lo que se conseguía era *camuflar* la arquitectura.

A su vuelta de Alemania, Lacasa difunde el saber urbanístico que ha conocido en Alemania publicando trabajos sobre la actividad desarrollada por Schumacher en Hamburgo, sobre las nuevas viviendas construidas en Dresde-Sobtan y publica estudios sobre la vivienda industrial en Alemania, analizando las repercusiones que tienen las diferentes leyes de inquilinato, contrastando la legislación prusiana con la inglesa. Al tiempo, imparte conferencias sobre el urbanismo alemán (comentando, por ejemplo, las características de las nuevas ciudades satélites) o defiende la idea de una arquitectura carente de ornamentación y elementos gratuitos. Reconocida –y valorada– su actitud, en 1925 participa (junto con Zuazo, Balbuena, Sánchez Arcas y García Cascales) en el Comité Ejecutivo encargado por la Sociedad Central de Arquitectos de organizar el Primer Congreso Nacional de Urbanismo, recibiendo el encargo de dar una conferencia sobre “La Urbanización en Alemania” donde teoriza sobre lo que denomina “la ciudad provincia” al tiempo que reclama un plan urbanístico capaz de afrontar, por su escala, lo que define como ...*trazados desenfrenados, de grandiosidad aparente... mientras que Patrick Abercrombie presenta en Inglaterra sus planes, de humilde aspecto, pero de poderoso realismo*.

Junto a su actividad como difusor del saber alemán, Lacasa desarrolla una singular actividad como profesional de la arquitectura, participando (y ganando) varios importantes concursos: con Sánchez Arcas y Solana gana el convocado para realizar el Hospital de Toledo; con Enrique Colás (compañero de promoción, quien al término de sus estudios viajó al Bauhaus de Weimar) presenta una propuesta para el edificio que Tabacalera pretende construir en Madrid y en 1927 –de nuevo formando equipo con Sánchez Arcas– gana el convocado por la Fundación Rockefeller para construir, en la madrileña Colina de los Chopos, el Instituto de Física y Química. Paralelamente, y en colaboración ahora con Jesús Martí y Santiago Esteban de la Mora gana otros concursos, esta vez de urbanismo: por todo ello, en 1926 es invitado por López Otero a integrarse en la recién creada Oficina Técnica de la Ciudad Universitaria, desde la que, primero traza los Campos de Deportes de la Complutense y, luego, el Colegio Mayor Cisneros.

Lacasa ha vuelto a España en un momento especialmente importante para la arquitectura por cuanto se produce una inflexión en la cultura arquitectónica: si en

1923 el comentario de Bergamín (...*aquí no se mueven las hojas de un rábano*) expresaba gráficamente una realidad, apenas cinco años más tarde la situación ha cambiado de manera más que evidente. En 1923, cuando Lacasa vuelve a España (y publica sus primeros polémicos artículos), se celebra la “Conferencia de la Edificación” desde la que todos los sectores implicados reclaman relanzar la industria de la construcción, afrontando, así, resolver la crisis de la vivienda; al poco –en 1925– se pide, desde el I Congreso Municipalista, que los ayuntamientos con población superior a 5.000 habitantes redacten y aprueben planes de urbanización; en el mismo año se inaugura la “Exposición General de la Habitación y la Construcción”; siempre en 1925, Mercadal, Vilata, Gallego, Anasagasti, Bergamín, Yarnoz, Herrero García, Luis de Sala o Martínez de la Riva informan o dan noticia en la prensa diaria y en semanarios sobre la Exposición de Artes Decorativas celebrada en París. En 1926 se celebra –con gran impacto en los medios– el Primer Congreso Nacional de Urbanismo y en 1927 inauguró la muestra sobre “Ciudad y la vivienda moderna”.

Si el Congreso celebrado en 1923 tuvo, casi exclusivamente, repercusión política, poco a poco la arquitectura pasa a valorarse como fenómeno cultural. Por vez primera los periódicos y semanarios publican regularmente reseñas y noticias sobre la arquitectura europea y americana de aquellos años: las publicaciones políticas, por ejemplo, escatimaban logros en temas de vivienda conseguidos en Viena o Berlín y las publicaciones literarias (desde *Gaceta Literaria* hasta *Revista de Occidente*) tienen una repercusión cultural impensable poco antes. Y cuando en 1927 se celebra en Stuttgart la Weissenhof, varios arquitectos madrileños viajaron expresamente para estudiar y comentar aquella nueva arquitectura. Por ello, la visita de Le Corbusier a Madrid, en 1928, invitado por la Residencia de Estudiantes para dictar, dentro de sus ciclos de conferencias, dos lecciones sobre arquitectura, provocó el interés no solo de los arquitectos sino también del ambiente cultural madrileño.

Según el maligno comentario que en su día me hiciera un protagonista de la época, Le Corbusier aceptó venir a Madrid esperando encontrar a Gato Soldevilla, el miembro español del Jurado que debía decidir sobre el concurso de la Sociedad de Naciones. Al margen de la anécdota, la realidad es que aquellas dos charlas tuvieron enorme resonancia en el ambiente cultural de Madrid. Conocemos como, desde los primeros textos de Torres Balbás, Le Corbusier era un nombre familiar (lo que no quiere decir que sus opiniones u obras fuesen conocidas) por un público interesado en vivir la efímera modernidad de la moda. *La Construcción Moderna, Arquitectura, Ingeniería y Construcción* o *El Sol* difundieron (entre otros) sus

escritos y su obra y García-Mercadal defendió, en distintas intervenciones públicas, lo que definía como “la arquitectura moderna basada en lo racional”, glosando la obra de Le Corbusier. Aplaudido por quienes le identificaban con la modernidad, es en esos momentos cuando aparece un singular texto (“Le Corbusier o Américo Vesputio”), redactado por Lacasa, en el que cuestiona la identificación entre racionalismo y Le Corbusier.

Lacasa habla visitado –un año antes, y como otros arquitectos madrileños– la Weissenhof celebrada en Stuttgart y de la que tanto Paul Linder como Mercadal dieran amplia noticia en *Arquitectura*. Contrario a la excesiva atención prestada al diseño, Lacasa dudó de la racionalidad de las soluciones presentadas, valorándolas como ejemplo de hacer formal desligado de la realidad. Entendiendo, como planteaba Taut, que *...una casa no solo tiene que ser bella cuando se pueden hacer de ella bellas fotografías*, su opinión (contraria a cuanto viera) fue abandonar la “metafísica de la forma” y optar, en su lugar, por una racionalidad basada en la función.

...Si en una edificación hay distintas dependencias cuyos servicios se repiten y cuyo número sea suficientemente grande, puede llegar a obtenerse una dependencia tipo, que sirve de modelo, y que se repite tantas veces como sea necesario. Con esta afirmación, planteada al comentar su proyecto del Instituto de Física y Química costeado por la Fundación Rockefeller, Lacasa se oponía a lo que para él era falsa modernidad. Reclamando la necesidad de definir y precisar cuales eran los problemas de funcionamiento de un edificio, al tiempo que defendía normalizar y estandarizar insistía en la importancia que la técnica debía tener en la construcción. Por ello, admirando a quienes llegaban a la estética a través de la técnica (e indiferente a la opinión de Le Corbusier frente a sus detractores –*lo útil no es lo bello ...hoy, las vanguardias de la nueva objetividad han dado muerte a dos palabras: Baukunst (arquitectura) y Kunst (arte) y estos dos conceptos han sido sustituidos por Bauen (construir) y por Leben (vivir)*–) su actitud fue tanto negarse a supeditar la composición de la fachada al número de oro como asumir lo que, irónicamente, definiera como los “axiomas” formulados por Le Corbusier.

Parece obvio que está por hacer la historia de la crítica arquitectónica en la España del siglo XX: pero parece igualmente claro que la posición adoptada por Lacasa esboza una singular y novedosa actitud. Crítico respecto a Le Corbusier al tiempo que se reclama partidario de la opción funcionalista, su postura no tiene ya nada en común con la esbozada por Torres Balbás (y asumida luego por Bergamín) al reclamar una arquitectura basada en la simplificación. Frente a quienes pretendían una

arquitectura de la síntesis, Lacasa defendería la actitud funcional, la capacidad de construir fuera de cualquier consideración esteticista. El debate no debía centrarse –en su opinión– en cuestionar un estilo frente a otro ni en polemizar respecto a como valorar o tratar una fachada, entendía que la opción debía ser enfrentarse a la lógica del proyecto.

En momentos en que un Moreno Villa próximo a Lacasa defendía –en una conferencia dictada en la misma Residencia, de la que se hizo eco toda la prensa de la época– la idea de “Función contra fauna; confort contra lujo”, la opción de Lacasa es clara cuando comenta *...un compañero mío, animado de los propósitos más verdaderos, proyectaba a mi lado un edificio. Se trataba de una vivienda y empezó a tantear la planta según el programa dado, y, después ...de plantear distintas soluciones, dió con una que consideró la procedente, tan normal, tan corriente, como hubiera sido la de otro compañero cualquiera, aunque no hubiera estado impregnado de tan nobles y modernos propósitos como el que nos ocupa. ...Según los principios racionalistas, sobre aquella base horizontal debiera levantarse el volumen correspondiente de manera fatal, inapelable y precisa.. pero mi sorpresa fue grande cuando vi que en lugar de levantar los volúmenes de manera automática... vi que mi compañero empezaba nuevamente con tanteos acoplando los cubos, subiendo o bajando el nivel de las terrazas... y pude advertir que entre tanto plano aparecía también un cilindro, aunque luego me he enterado, cosa que me extrañó, que se llevan también los cilindros, claro que sin abusar de ellos.*

Adoptando una posición abiertamente crítica respecto a lo que entiende es un nuevo academicismo, su actitud –concebida desde el funcionalismo– es tan ajena a las formuladas por Rubió como a las planteadas por Teige o, incluso, a las definidas por Torres Balbás. Para Lacasa la concepción de la arquitectura debiera ser estrictamente científica y los problemas del funcionamiento de un edificio son más complejos que los de la vida de cualquiera de los individuos que han de usar de él. En distintos trabajos, tras apuntar como lo que llama “funcionalismo auténtico” no consiste en la mera derivación mecánica, dogmática y rígida de la forma, según lo exige la función, destaca como cabe un margen de elección (incluso, dirá, en la determinación de la sección de un pie derecho) que permite obtener que una obra sea, además de adecuada a su función, mas o menos bella, según sea la sensibilidad y capacidad del arquitecto.

A partir de 1931 Lacasa vuelve a la actividad profesional, centrado ahora en su labor como urbanista: participa en la Oficina Técnica Municipal que, dirigida por Bellido,

asume la responsabilidad de plantear una alternativa a la propuesta de Zuazo y esta actividad le aparta de la crítica arquitectónica. Autor solo de unos cuantos artículos, publicados entre 1927 y 1931, el papel de Lacasa es sin embargo clave en el Madrid de aquellos años y su actividad sirve de contrapeso (por la fuerza de los argumentos) a la propagandística actividad que despliega García-Mercadal en la defensa de lo que algunos llamaron “ortodoxia de la arquitectura moderna”.